

## Letras raras: presente y futuro de los estudios lgtbq en Argentina y España

*Jorge Luis Peralta*

Los estudios lgtbq (lesbianos, gais, trans, bisexuales, queer) albergan, bajo la engañosa armonía sugerida por la sigla que los identifica, una constelación muy diversa de perspectivas teóricas y metodológicas, que no necesariamente se relacionan entre sí y que, cuando lo hacen, muchas veces entran en conflicto: de hecho, queer, con su impulso anti-identitario y anti-asimilacionista se opone, por definición, a las premisas y estrategias que sostienen todas aquellas teorías y prácticas organizadas en torno a una noción de identidad. La idea de un “paraguas” bajo el cual se aglutinan distintas formas de disidencia sexual corre el riesgo de borrar diferencias (que cuentan, y mucho) o de situar en un mismo nivel movimientos y estudios cuyas trayectorias son disímiles. En este sentido, “lesbiano y gay”, que parece señalar una alianza de largo aliento, oculta en realidad una convivencia más bien problemática, plagada de tensiones. “Trans”, por su parte, remite a otras tantas posibilidades o variaciones identitarias (travesti, transexual, transgénero) y su posición –en la calle y en la academia– ha sido y continúa siendo mucho más marginal que la de “lesbiana” o “gay”. La demanda por la inclusión en la sigla de letras representativas de colectivos no incluidos habitualmente hasta la fecha muestra a las claras que la diversidad de identidades y comportamientos sexo-genéricos apartados de la norma resulta imposible de contener en una fórmula cerrada. Y si bien las continuas adiciones podrían derivar en una suerte de jeroglífico, la reivindicación de diferencias dentro de la diferencia debe ser considerada con atención, a fin de evitar la invisibilización de sujetos y realidades “otras”. La inestabilidad de los distintos componentes de la sigla –y de la sigla misma– explica su variabilidad contextual: en Argentina, comienza a imponerse el uso de lgttbi, mientras que en España todavía resultan más frecuentes lgtb o lgtbq. Esto es así porque en Argentina los colectivos intersex han gozado de una presencia mayor, de la mano de activistas como Mauro Cabral. Si aquí empleo la sigla LGTBQ se debe a

que en el ámbito del que voy a ocuparme no se ha desarrollado, todavía, una línea en torno a las identidades y representaciones intersex, a diferencia de lo que ocurre en otros campos como la sociología o la antropología.

En el presente ensayo pretendo abordar tan solo una de las muchas vías por las que discurren los estudios lgtbq: aquella vinculada a la investigación literaria. Particularmente, me interesa reflexionar sobre las derivas que estos estudios han protagonizado en España y Argentina, a fin de mostrar sus trayectorias particulares en dos contextos con múltiples puntos de contacto y que han sido fundamentales para la difusión de estas corrientes teóricas en el ámbito hispánico. Además de esbozar un recorrido histórico y de dar cuenta del estado actual de los estudios literarios lgtbq argentinos y españoles, quisiera plantear algunos interrogantes en torno a su futuro. No debemos llamarnos a engaño: más allá de una mayor presencia en las universidades mediante la realización de congresos, jornadas y seminarios, o del incremento de tesis doctorales y distintas publicaciones, pensar el sexo —y pensarlo en y a través de textos literarios y culturales— sigue constituyendo, en general, un desafío contra cierta ortodoxia que niega entidad académica al análisis del género y la(s) sexualidad(es), cuestiones consideradas “menores”, de escasa o nula relevancia. Interrogar, entonces, el futuro de los estudios literarios lgtbq supone interrogar sus condiciones de posibilidad, en ámbitos todavía renuentes, o incluso indiferentes, a la incorporación de sus perspectivas.

La cronología de los movimientos en defensa de las minorías sexuales se inicia en 1969 con las revueltas producidas en el bar Stonewall Inn de Nueva York, evento que da impulso decisivo a una resistencia que se venía gestando desde antes, pero que cristaliza al calor de otras luchas de la época, especialmente las de mujeres, negros y estudiantes. A partir de ese momento, movimientos similares surgen en diferentes latitudes: una pequeña asociación de homosexuales obreros llamada “Nuestro Mundo” existía en Buenos Aires ya a la altura de 1969, y su fusión tres años después con un grupo de intelectuales daría lugar al “Frente de Liberación Homosexual”, sofocado con el arribo de los militares al poder en 1976. En España, la “Agrupación Homófila para la Igualdad Sexual” —rebautizada un año después como “Movimiento Español de Liberación Homosexual”— se creó en 1970 y desarrolló sus actividades en la clandestinidad. Tras la muerte de Francisco Franco en 1975, el

activismo homosexual se reorganiza y surgen el “Front d’Alliberament Gai de Catalunya” y muchos otros grupos a lo largo y ancho de la geografía española. Son años efervescentes, de nuevas libertades y progresiva visibilidad. Las cosas marchan con otro ritmo, sin embargo, en la órbita académica. Los estudios gays y lesbianos recién empiezan a formar parte de los programas universitarios norteamericanos en los años 80, gracias a la senda abierta previamente por los estudios sobre las mujeres. Hacia finales de esa década inicia su andadura el activismo queer: una reacción al asimilacionismo gay y lesbiano que había dejado de lado las consignas combativas del comienzo a fin de lograr una integración social menos problemática (son, recordemos, los años del sida y del fortalecimiento de la derecha a través de los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher). Esa rebelión callejera se traslada a la academia bajo la forma de una “teoría” que, informada por los aportes del feminismo y la deconstrucción, apunta a deshacer binarismos y desmontar la lógica de las identidades monolíticas. Las obras de Gayle Rubin, Monique Wittig, Eve Kosofsky Sedgwick, Judith Butler, Michael Warner o David M. Halperin, entre otras y otros, constituyen la piedra de toque de una poderosa corriente teórica que continúa desarrollándose hasta nuestros días.

El desembarco de los estudios gays, lesbianos y queer en territorios hispánicos ha sido lento y parcial. A los aportes iniciales de investigadores extranjeros –como Paul Julian Smith o David William Foster– se sumaron paulatinamente los de académicos españoles y argentinos que, o bien desarrollaron sus trabajos en universidades de otros países (especialmente Estados Unidos, Inglaterra o Francia), o bien crearon en sus universidades –y con no poco esfuerzo– espacios destinados a una investigación que, como ya he señalado, no suele ser objeto de interés institucional. El Centre dona i literatura de la Universidad de Barcelona, fundado en 1994, o el Área de Estudios Queer y Multiculturalismo de la Universidad de Buenos Aires, que inició sus actividades en 1997, son ejemplos de una temprana incorporación de los desarrollos teóricos feministas y queer. Posteriormente, surgieron otras iniciativas semejantes, pero se trata, todavía hoy, de espacios aislados, excepcionales, especialmente en el campo de los estudios literarios, donde la resistencia a las investigaciones sobre género y sexualidad ha sido mucho más poderosa que en otras disciplinas, como la sociología o la

antropología. La ausencia de espacios curriculares específicamente orientados a los estudios lgtbq se ha visto compensada con un creciente número de publicaciones – desde artículos y volúmenes misceláneos hasta monografías– que ha contribuido a llenar un significativo vacío bibliográfico. Esta producción manifiesta la presencia explícita e implícita de unos deseos sexuales o de una imaginación erótica que escapó de los límites morales y sociales más rígidos y unívocos desde finales del siglo XIX, y corrobora que el silencio procedía menos de las propias obras que de los responsables de su análisis e interpretación.

Ha sido importante, por este motivo, la línea de investigación concentrada en la reconstrucción historiográfica lgtbq, a la que pertenecen, por ejemplo, el monumental volumen de Alberto Mira *De Sodoma a Chueca. Una historia cultural de la homosexualidad en España en el siglo XX* (2004) y la *Historia de la literatura gay en Argentina* (2011) de Adrián Melo. Ambos trabajos recorren históricamente las representaciones de disidencia homosexual, aunque el libro de Melo se circunscriba a la literatura (y a la identidad gay) y el de Mira considere una mayor variedad, tanto de manifestaciones culturales (cine, artes plásticas, publicaciones de carácter científico) como de comportamientos sexo-genéricos.

Otras investigaciones se han dedicado al análisis de la representación de identidades y sexualidades no heteronormativas; en ellas se inscriben trabajos sobre homosexualidad masculina como *Los escribas furiosos*. (1998) y *Escrituras torcidas* (2004) de Alfredo Martínez Expósito o *Sueños de exterminio. Homosexualidad y representación en la literatura argentina contemporánea* (2004) de Gabriel Giorgi. Las investigaciones sobre lesbianismo, considerablemente inferiores en número, cuentan con dos importantes antecedentes, para el caso español, en las monografías *La salida del armario. Lecturas desde la otra acera* (2005) de Inmaculada Pertusa (que se ocupa también de autoras latinoamericanas) y *Yo no soy esa que tú te imaginas. El lesbianismo en la narrativa española del siglo XX a través de sus estereotipos* (2009) de Angie Simonis; también son importantes las contribuciones de volúmenes colectivos compilados por Beatriz Suárez Briones, Meri Torras o Elina Norandi, entre otros. En Argentina, se destacan los artículos de Laura Arnés centrados en una tradición literaria “en clave lesbiana”, pero carecemos, todavía, de investigaciones más extensas y sistemáticas. Las representaciones trans, por su

parte, han ocupado a diferentes investigadoras/es a un lado y a otro del Atlántico, en torno a la producción de figuras tan diversas como Eduardo Mendicutti, Pierrot, Dolly van Doll, Terenci Moix, Copi, Naty Menstrual o Félix Bruzzone.

Una perspectiva más amplia –y en algunos casos, resueltamente queer– anima los trabajos de Marta Segarra, Rafael M. Mérida, Isabel Clúa y Meri Torras, en España, o de Nora Domínguez, Sylvia Molloy, José Maristany y José Amícola, en Argentina. Se trata de investigaciones que apuntan a deconstruir los textos literarios y culturales desde una concepción fluida del género y la sexualidad. Una inquietud común a este corpus crítico heterogéneo consiste en explorar la disidencia sexual y de género en sus múltiples cruces con otros factores como clase, raza o etnia, tanto en textos reconocidos como parte de un canon, como en textos marginados por su pertenencia a la cultura popular.

A riesgo de simplificar, puede afirmarse que uno de los mayores logros de los estudios lgtbq literarios españoles y argentinos ha sido, por un lado, su labor de revisión y reconsideración crítica de autoras/es y obras canónicas; por otro, su recuperación y puesta en valor de textos marginales y/o marginados, en otras palabras, la construcción de tradiciones literarias alternativas o “queer”. En relación con este término, hoy en pleno auge, y las teorías y prácticas a las que remite, parece haberse llegado a un punto en que la “traducción” ya no constituye un problema de peso, como lo fue en un principio. Después de casi dos décadas durante las cuales el diálogo entre los “hispanismos” y las “(homo)sexualidades” se ha ido intensificando, las reflexiones provenientes del extranjero ya no se perciben como inapropiadas (en tanto sus paradigmas sobre género y sexualidad no son siempre aplicables a nuestras realidades), sino que se las considera herramientas útiles a partir de las cuales pensar los problemas específicamente españoles y argentinos. El temor abrigado por muchas/os de que los estudios lgtbq y sus lecturas a contracorriente vendrían a “contaminar” la investigación sobre literatura con propósitos subrepticamente militantes, apropiándose de (y “profanando”) figuras tutelares de nuestras letras –pienso en un caso emblemático como Federico García Lorca– ha demostrado carecer de fundamento. No se trata, como sostuvo con malicia algún crítico homófobo, de “acarrear agua para nuestro molino”, sino de explorar otras posibilidades interpretativas, descorriendo el velo que ha ocultado complejas

figuraciones de identidades, deseos, géneros y sexualidades no heteronormativas en las más diversas manifestaciones literarias y culturales. Cabe señalar, en este sentido, que las investigaciones se han orientado, en general, hacia textos contemporáneos más que hacia textos antiguos, una predilección que se explica, en buena medida, por el hecho de que el aparato teórico lgtbq se adapta con más facilidad a obras actuales, en las que las figuraciones de disidencia sexual y de género pueden ser más explícitas. No obstante, los trabajos reunidos en un volumen como *Queer Iberia: Sexualities, Cultures, and Crossings from the Middle Ages to the Renaissance* (Josiah Blackmore & Gregory Hutcheson, 1999), o los artículos dedicados a textos argentinos del siglo XIX y comienzos del XX como *Martín Fierro* (1872-1879) de José Hernández o *Los invertidos* (1914) de José González Castillo, evidencian el potencial crítico de las perspectivas lgtbq para el abordaje de obras pertenecientes a diversos periodos históricos.

Al margen de que estos estudios suponen el tratamiento de temas tradicionalmente considerados tabú, la resistencia a los mismos ha provenido, asimismo, de su carácter necesariamente interdisciplinar. En efecto, la crítica gay, lesbiana y queer tiende líneas hacia otros campos de conocimiento, y no está claro que exista una especificidad formal, aunque algunos estudios –como los consagrados al camp (sensibilidad o estilo asociados a cultura homosexual)- se orienten en esa dirección. Esta circunstancia propicia que los estudios literarios lgtbq posean límites muy difusos, en ocasiones, con los estudios culturales, y se beneficien de las aportaciones realizadas por muy heterogéneas disciplinas: filosofía, sociología, psicoanálisis, historia, geografía, antropología, etc. Esta impureza epistemológica convierte a los estudios lgtbq en un blanco vulnerable de quienes defienden una investigación literaria de límites más estrictos. A mi juicio, es precisamente la convergencia de múltiples perspectivas la que debería dotar de energía a los estudios sobre género y sexualidad, propiciando una visión crítica atenta al diálogo con otros saberes y metodologías.

El presente de los estudios lgtbq españoles y argentinos es auspicioso en la medida en que sus contribuciones continúan renovando el campo de la investigación literaria y cultural, a través, sobre todo, de congresos, jornadas y seminarios o de diferentes publicaciones. Su futuro dependerá de que las universidades, a un lado y

a otro del Atlántico, les ofrezcan mayor espacio y reconozcan su entidad académica. Sería deseable, además, que se estreche el intercambio entre investigadoras/es españolas/es y argentinas/os, pues en ocasiones se advierte cierto desconocimiento de los avances realizados de un lado o del otro, cuando, más allá de las lógicas diferencias contextuales, son muchos los puntos de contacto (empezando por una solidaridad histórica entre activistas de ambos países, que se remonta a los años 70, y de una significativa presencia de personalidades lgtbq de un país en el otro: basta pensar en las estadias en Argentina de García Lorca o Eduardo Blanco Amor, o en autoras argentinas que se radicaron temporal o definitivamente en España, como Susana Guzner o Flavia Company). De igual modo, resulta fundamental que se acorten las distancias entre dos esferas a menudo alejadas, cuando no antagónicas, como lo son el activismo y la academia. Los mutuos recelos impiden, con frecuencia, un diálogo que sin duda enriquecería a ambas partes, pues las hermanan preocupaciones, luchas y desafíos en común. Si bien el investigador y activista español Paco Vidarte había señalado la incongruencia entre las teorías y las prácticas queer y el ámbito universitario, pues queer se opone a todo lo que tenga que ver con lo institucional, lo cierto es que su arraigo en las universidades ha sido inevitable, más allá de las resistencias. Cabe esperar, entonces, que la disidencia sexual y de género continúe informando muchas y muy variadas investigaciones, que se sigan cuestionando autoras/es, textos y lecturas canónicas, y que no se ceje en el esfuerzo por “queerizar” o, simplemente, torcer, los significados y las interpretaciones posibles.